

# La novelesca vida

## del Marqués de Salamanca

EL siglo XIX español, que ofrece inagotable cantera de extraordinarios caracteres, quizás culmine, en cuanto tipo humano ejemplar, en la figura de D. José de Salamanca. Alejandro Dumas, padre, que le trató en París, le dijo luego de informarse de la aventura de su vivir: "Si yo le hubiese conocido a usted antes, en vez de "El Conde de Montecristo", hubiese escrito "El Marqués de Salamanca".

Era malagueño, hijo de un médico, y nació en 1811. Estudió para abogado, como tantos muchachos de la clase media, y fué Granada la ciudad en que cursó el doble estudio de los libros de la Facultad y del libro de la Vida. Hay en los largos días de Salamanca una veladura misteriosa, una neblina sentimental, que se inició en la ciudad semimora y pone al afanoso y tremendo vivir de Salamanca un halo becqueriano. Se trata de su enamoramiento, un amor malogrado, al que permaneció espiritualmente fiel, contrapunto dulcísimo de sus lances de Tenorio. Parece que la mujer por la que siempre suspiró Salamanca era Mariana Pineda, la heroína de la libertad contra el absolutismo. Salamanca aludió hasta su vejez a la mujer imposible, aquella del gusto romántico que no se puede alcanzar y a cuyos brazos se aspira inútilmente; y la tristeza invadía al alegre Salamanca, y un suspiro se escapaba de su boca. Gotita de acíbar en el panal de mieles que la vida le ofreció.

Parece que Salamanca conoció a Marianita Pineda en sus primeras y juveniles trazas de conspirador contra Fernando VII. No hay noticias concretas de las actividades liberales de Salamanca en Granada, pero sí de su intervención para evitar el fusilamiento de Torrijos y sus compañeros, y también existen indicios de que el abogadito malagueño salió a uña de caballo para Madrid con objeto de gestionar la salvación de los encartados, antes de que llegara el enviado del general González Moreno, aprehensor de los revolucionarios. Cuando Torrijos y su grupo son fusilados, Salamanca desaparece de la escena. Precaución se llama esa figura.

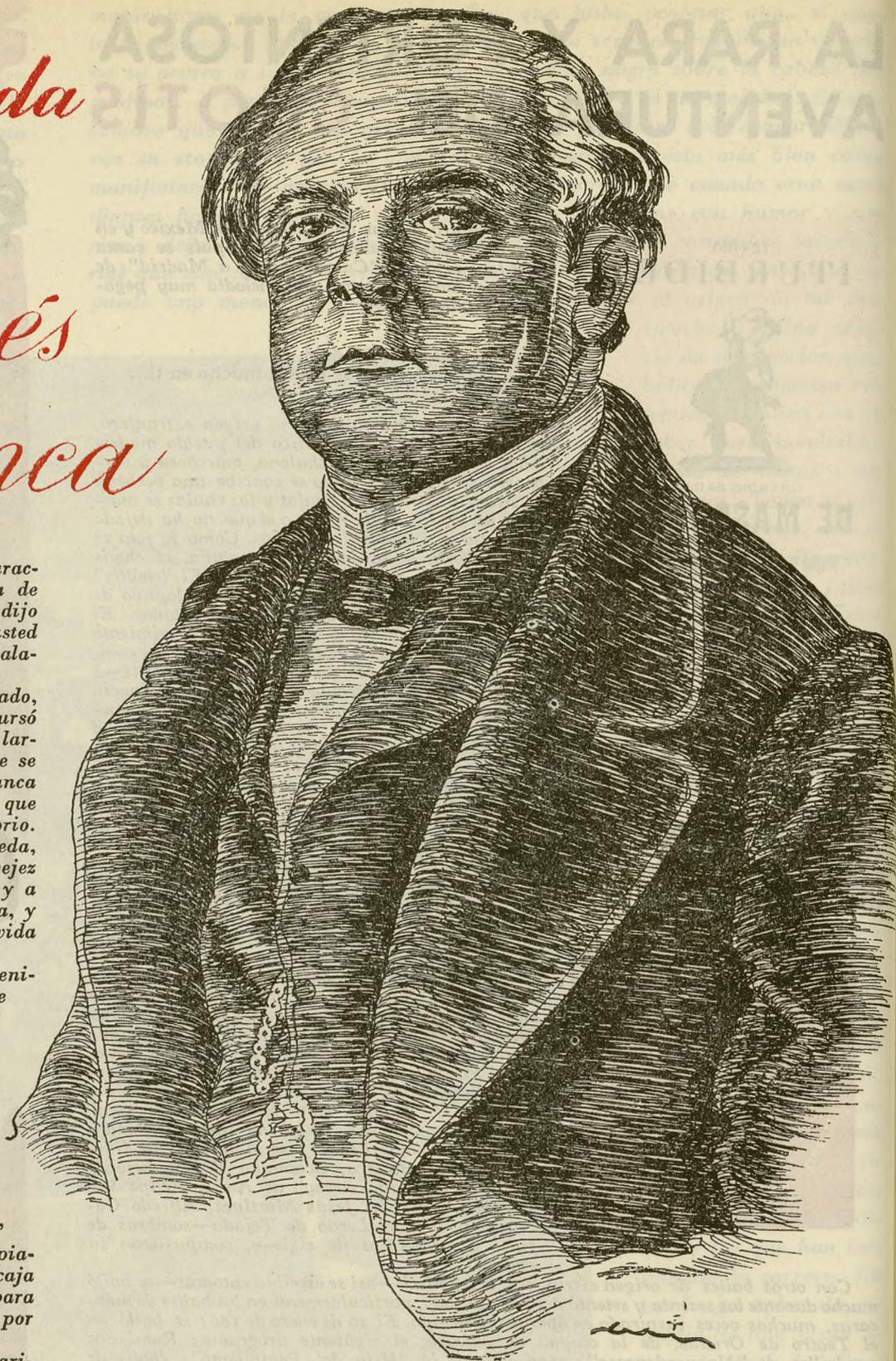
Reaparece de alcalde de Monóvar, nombrado por Cea Bermúdez, amigo de su padre, no obstante su corta edad. Fué un buen alcalde y se distinguió en la epidemia de cólera por su abnegación y desprecio de la vida. Contagiado de la enfermedad, se le dió por muerto y fué metido en su ataúd; decimos "su" ataúd porque Salamanca era de elevada estatura y hubo que construirle uno apropiado. Cuando iban a enterrarle, Salamanca, espanto de todos, se levantó de la caja diciendo, con su buen humor habitual: "Perdón, señores, hay que dejarlo para otra vez; no soy culpable de la molestia que les produzco. Siento tan sólo que, por ser el ataúd muy largo, resultará holgado en demasía para otro."

Seguía de alcalde en Monóvar, estimadísimo, cuando falleció el odiado "Narizotas". Salamanca disolvió el batallón realista, creó otro de liberales y se echó a la campaña en persecución de un guerrillero, "El Abogado", que sostenía el fuero absolutista. Copó la partida, jefe incluido, y demostró de nuevo su talento natural aplicándole a la táctica. Poco después regentó la alcaldía de Vera, en la provincia de Almería. Su nombre empezó a ser conocido en las llamadas "altas esferas políticas", y por su acrisolado liberalismo y su fidelidad a los principios que representaba la regente María Cristina, fué designado representante de la provincia de Almería en la Junta revolucionaria de Sevilla, y poco después los malagueños eligieron a su paisano diputado a Cortes en las Constituyentes de 1837. Salamanca, pues, entró en Madrid, con su acta, a los veintisiete años. El mundo se aparecía codiciable ante su mirada. Y la rueda de la Fortuna empezó a girar para D. José de Salamanca.

\* \* \*

Era, se ha dicho ya, alto, garboso, encantador de trato; tanto que, en un momento, en cualquier reunión, centro de ella, conseguía la admiración y rendimiento que produce la simpatía. De rostro altivo y noble, carirredondo, afeitado "a la inglesa" (así se decía entonces), sus maneras eran elegantes, refinadas sus costumbres, permanente su sonrisa. Tenía no sólo don de gentes, sino ese imán irresistible de las grandes personalidades y un poder de sugestión y captación que explica en gran parte los éxitos de su vida. Presentarse Salamanca y obtener lo que deseaba era cosa de un momento: un seductor social, tipo que equivale al seductor erótico, y que no ha sido estudiado. Parece que a esas personas el sino astrológico les hace llegar, tratar y vencer. "Elegido de los dioses" podía haberle llamado un poeta contemporáneo como Espronceda.

Hasta su ancianidad conservó esas cualidades y le sirvió su estrella. Añadido a lo externo, fundamentándolo, Salamanca tenía un concepto de la vida y de la acción que sublimaba sus acciones. El hombre que manejó fortunas sólo comparables a las de Rotschild despreciaba el dinero considerándole, mucho antes que los moralistas yanquis, instrumento solamente para crear. "El poeta del dinero" podemos llamarle. Porque lo buscaba, lo conseguía, e inmediatamente lo aplicaba a una obra audaz, favorecedora del bienestar colectivo y dotadora de lujo. Salamanca se enriquecía para enriquecer la vida. Sólo él originó más bienestar y más progreso que todos los Gobiernos que a lo largo de su vivir—largo vivir—actuaron a él



paralelos. Y mientras los demás sentían la codicia de atesorar, de guardar, que ése era el criterio vigente sobre la riqueza, Salamanca apreciaba, perseguía y conquistaba la riqueza como el solo medio de organizar a su alrededor más trabajo, más riqueza, más abundancia para todos, más elegancia y más cultura. De ahí la reverencia que se le rinde, no obstante el disimulado odio que se siente por el rico a secas. Pues Salamanca procedió al modo de los ingenieros que acaparan el agua en un pantano para fecundar la tierra sedienta y hacerla cantar el maravilloso cántico de la industria.

\* \* \*

Entró en Madrid sin dinero, ayudado por el escritor Estébanez Calderón, "El Solitario", que es fama le prestó la primera onza para pagar la posada. Llevaba en su pobre maleta el uniforme de la vida civil: el frac. De frac se presentó inmediatamente, tripulado por Estébanez, en casa del banquero Buschental, un brasileño asentado en Madrid, cuyo salón presidía su esposa María, mujer de hermosura cálida, amiga de los hombres de talento, a la que sólo una dama de Madrid acompañaba, la Duquesa de Alba, pues las restantes señoras no gustaban de una casa donde sólo al hombre se rendía homenaje. Como Salamanca, en el acto de presentarse, "cautivaba" (lo dice Fernández de Córdoba en sus "Memorias"), la noche de su entrada en el palacio del banquero salía con un negocio bajo el brazo, el que fué base de su fortuna y le sostuvo en las adversidades.

Había observado Salamanca que la sal, que estaba estancada, o sea monopolizada, producía una cantidad reducida al Erario, y, además, la organización de su suministro era deficiente. Convenció a Buschental para que apoyase el asunto que urdía su magín, y al día siguiente conquistó en una sola entrevista la voluntad de Narváez, jefe del Gobierno. Y de esa jugada se obtuvieron los siguientes resultados: la Hacienda percibió el doble de lo que antes le entregaban los administradores; Narváez pudo dar el envite político a la Casa Real pagándole veinte millones que le debía la exhausta caja de la Hacienda; se colocó, a partir de entonces, a la nube de pedigüños y auxiliares que mosconeaban alrededor del "Espadón de Loja" y demás mandones; la sal llegó en buenas condiciones a todas las manos, y en abundancia; y Salamanca y sus colaboradores, Narváez y Buschental, per-

hubieron, en los cinco años del contrato, trescientos millones de reales de beneficio. El real de entonces equivalía al duro de ahora en poder adquisitivo.

La jugada fué redonda y marcó el estilo de Salamanca: favorecía a todos y no perjudicaba a nadie. Todo era golpe de vista, imaginación, buena organización, ingenio, generosidad: Salamanca.

De repente, el malagueño ceceante y gracioso, se puso en la línea más alta de la vida madrileña. Desde su modesta posada en la calle de la Visitación saltó a una de las mansiones suntuosas soñadas: se estableció en un piso de la calle de Cedaceros, que alhajó como sólo las casas alcurniadas lo hacían en sus palacios, y abrió sus puertas a cuantos figuraban en la lista de elegidos, por el talento, la posición o el dinero, la política o el arte, en la villa, entonces mísera, indecente de aspecto, donde transcurría la infancia de Isabel II. Ese Madrid de la desesperación de Larra, del que muchos escapaban de él hacia otras ciudades, y cuyo latido vital se alojaba en unas cuantas casas, ésas sí, dotadas de holgura, refinamiento y lujo recargado.

Pronto hizo su segundo servicio a España, porque otra de las notas de la psicología de Salamanca era su fe ciega en los destinos y en el inmediato porvenir de su patria, la que acababa de sufrir las devastaciones de la guerra de la Independencia, luego enfangada en las luchas civiles por sí Isabel II, o la rama sálica, debían reinar; además de notarse la pobreza, la despoblación, la falta de industria, y marina, y la desfachatez de sus gobernantes, más atentos a organizar asonadas, motines y pronunciamientos que a fomentar la puesta en producción de las posibles fuentes de riqueza.

El crédito público estaba por los suelos, no se pagaban los dividendos de la Deuda, y el Gobierno inglés, poseedor de mucho papel español, que dejó de cotizarse, por insolvente, en la Bolsa de Londres, reclamó enérgicamente. No sabía qué hacer el Ministro de Hacienda, y llamó al mago Salamanca. Este salió para Londres, y en quince días consiguió arreglar, con su personal influjo de hombre de negocios particular, lo que no pudo el Gobierno del país. Y fueron tan beneficiosas las condiciones a que se allanó Inglaterra, que el Ministro español ofreció una fuerte comisión al intermediario. Cuya comisión rechazó indignado Salamanca, alegando que él no hizo sino servir a su patria. He aquí dos rasgos acusados de Salamanca: su influjo personal, irresistible, y su amor a la desgraciada España en que le había tocado vivir.

Repitió, en condiciones todavía más graves, su generosa actividad en pro de la Hacienda al conseguir de Inglaterra un empréstito de quinientos millones que le negaban al Ministro, en momentos en que se carecía de lo preciso para sostener la guerra civil; sin Salamanca, hubieran tenido que retirarse las tropas a cuarteles de pasividad, por falta de numerario para pagas, víveres y municiones, y la causa de Isabel II estaría perdida. Otro gran servicio, que después le fué premiado nombrándole Ministro de Hacienda, Marqués de Salamanca y Conde de los Llanos, con grandeza. La firma de Salamanca se cotizaba en Europa como la de Rotschild, hacia el año 43 (¡seis años después de llegar a Madrid sin dinero!), hasta tal punto, que el Banco de San Fernando pagó un cheque de Salamanca por ochenta millones, el mayor que se ha firmado nunca en España, y que se conserva actualmente en un marco en el despacho del director del Banco de España; y cuando Salamanca necesitaba dinero en cualquier cantidad, que tratándose de él siempre era crecida, se jactaba de girar al descubierto o firmar un cheque sin anterior provisión de fondos, sin que jamás se le hubiese negado el abono. El apellido Salamanca era sagrado en los medios bancarios y financieros internacionales, como hemos visto, por encima del Estado, y su mano manipulaba mucho más dinero que el presupuesto de la Nación.

\*\*\*

Por entonces se jugaba a la Bolsa, vicio adquirido por aquella sociedad ansiosa de disponer de dinero por arte de birlibirloque, no por el trabajo. Salamanca planeó una jugada a la baja en combinación con Narváez, el cual era, como presidente del Consejo, poseedor de secretos de Estado capaces de alterar las columnas de las cotizaciones. Salamanca produjo una baja muy fuerte, y ganó en una mañana treinta millones, arruinando a miles de personas de todas las clases sociales. El espectáculo que se produjo fué desolador. Muchos acudieron al prócer pidiéndole plazos, otros lloraban pensando en el suicidio, algunos iniciaban las gestiones de venta de sus propiedades, e incluso de sus muebles. Salamanca, ante el conmovedor cuadro, se plantó en la sala de cotizaciones, reunió a los aterrados vencidos y, repitiendo el aria de "Hernani", cantó con voz sonora: "¡Perdono a tutti!..." Y ante el asombro de los circunstantes, rompió las pólizas.

El suceso produjo inmensa emoción no sólo en España, sino en el mundo, y el nombre de Salamanca fué bendecido y aclamado. Pero Narváez, que estaba metido en la jugada, como es lógico, no se avino a regalar su parte. Después de una violenta riña, Salamanca hubo de pagarle su participación. Con lo que la jugada no sólo se frustró para él, sino que, después de ganar el pleno, le costó unos cuantos millones.

Para desquitarse, y acuciado por Narváez, preparó otra, ésta al alza, con motivo de la probable firma del Concordato entre la Santa Sede y el Gobierno de Isabel II, con lo cual terminaría la hostilidad de la parte católica carlista de España a la reinicita, y el Pretendiente se vería batido en uno de sus reductos, facilitándose la avenencia y el fin

de la guerra civil. Resultó prematura la noticia, que se lanzó a la Bolsa para forzar el alza, y ésta no se produjo. Con lo cual Salamanca perdió cerca de cuarenta millones. Reclamó a Narváez la cantidad que le correspondía en la pérdida, y el político negóse, alegando que él no estaba comprometido más que a facilitarle noticias. Salamanca hizo frente, él solo, a la pérdida, sin que nadie perdonase, esta vez, la cantidad más mínima a quien había, en su hora de fortuna, perdonado "a tutti". Hizo llegar de toda España, en carros, calesas, galeras, a caballo, los fondos del estanco de la sal, y en su casa de la calle de Alcalá descargaron a diario, por espacio de semanas, sacos de oro y plata que refluían allí desde todas las poblaciones. Así satisfizo hasta el último céntimo, acrecentando su crédito, si cabe.

Pero la rivalidad con Narváez se enconó, y Salamanca hubo de entrar en el juego político para buscar en el partido adverso el apoyo que necesitaba contra las maniobras del poderosísimo "Espadón". Fué la necesidad de protegerse y proteger a sus negocios lo que llevó a Salamanca a la lucha.

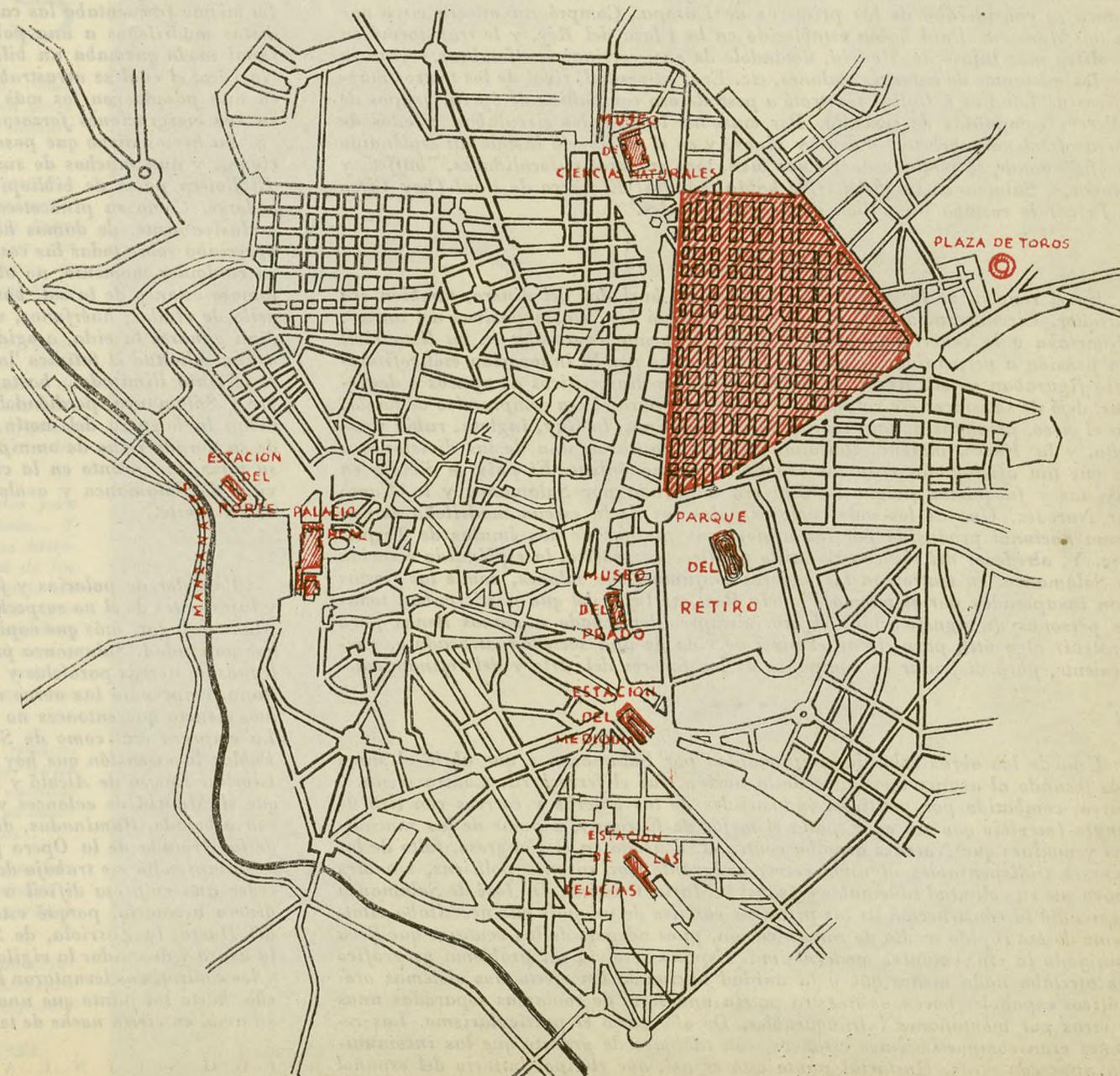
Esta lucha se hacía públicamente y en la sombra. El período más agitado y turbulento de nuestro siglo XIX coincide con esas fechas, en que se suceden los ministerios por días, los generales se pronuncian casi a diario, se conspira en todas partes, los motines se organizan cada semana contra un personaje o situación determinada y se arroja o sube al Poder quien desea el grupo recónditamente reunido (muchas veces, claro está, la masonería), que dirige de ocultos los sucesos de la calle, los debates de las Cámaras o los compromisos de los ministros. Sin olvidar a los embajadores de Francia e Inglaterra, tutores tan descarados de la gobernación del país, que alguna vez hubo de dárselos los pasaportes, porque el abuso y la claudicación eran ya incompatibles con la elemental dignidad del Estado.

Salamanca se apoyó en la Casa Real. Hizo negocios con María Cristina, con su esposo morganático, el Duque de Riánsares, el cual fué su socio mucho tiempo, y muy luego con Isabel II. Ferviente cortesano, en el Palacio de Oriente encontraba ese apoyo sin el cual no se puede mover ningún caudillo. Así se frustraron muchas conjuras contra él, y así pudo arruinarse y reconstruir su fortuna.

Pero no pudo eludir la agitación de la calle, lanzada como oleada de cieno contra el árbitro del dinero y de las elegancias. En un motín preparado por sus enemigos, Salamanca vió su casa—la de más boato de Madrid—saqueada, sus colecciones deshechas, sus muebles quemados, su cabeza pregonada y pedida a gritos. Huyó a Francia. Narváez, por el momento, había vencido. Jamás un hombre cayó de tanta altura en tan poco tiempo. Todos sus negocios quedaron paralizados, y pasó la frontera un hombre con las manos en los bolsillos vacíos; aquel que, pocas horas antes, en Madrid, firmaba cheques al descubierto por millones y le eran abonados sin rechistar. La rueda de la Fortuna había dado la vuelta completa.

\*\*\*

Pero se trataba de Salamanca, de la más fértil imaginación que ha producido el fuego de Andalucía, del corazón más intrépido que formaba en los ejércitos de la finanza, del hombre más sugestionador y sugestivo que podía encontrarse en sociedad. En los años en que Salamanca estuvo desterrado de su amada España, no hizo más que lo siguiente: los ferrocarriles de Lisboa a Oporto, los ferrocarriles



Plano de la ciudad de Madrid. En rojo, la zona ocupada por el barrio de Salamanca, creado por el famoso Marqués que le dió el nombre.

de los Estados danubianos, el ferrocarril de los Estados Pontificios a la red general, el proyecto de acuerdo entre la Santa Sede y el naciente Estado unitario italiano, e infinidad de otros negocios más "pequeños" que harían la lista interminable. Con la misma naturalidad con que se presentó en Madrid a conquistarlo en unos pocos días, hasta ser su principal figura, llegó a París e inmediatamente se puso en el plano adecuado a su rango, a su fabulosa energética, a su calidad humana insuperable.

Y quizás hubiera seguido su enloquecedora trayectoria fuera de su patria, si no le hubiesen acusado sus enemigos políticos de concusionario en el Congreso. Hubo de acudir a toda prisa a Madrid para defenderse. Se trataba de su gestión en el Ministerio de Hacienda, pues las acciones del ferrocarril Madrid-Aranjuez, que él proyectó, fueron garantizadas merced a sus gestiones por el Banco de San Fernando, y esto algunos lo consideraban irregular. Salamanca, en hábil defensa, en la que colaboró Patricio de la Escosura, hizo la siguiente afirmación: "Cuando ocupé el sillón de ministro, el primer expediente que me presentaron a la firma fué el seguido por reclamación mía para indemnizarme de una falta de la Hacienda en relación con el monopolio de la sal. Todos los juicios, informes y sentencias me eran favorables. Y yo, ministro, decidí en contra de mí mismo, hombre de negocios, perjudicándome en muchos millones. Estas han sido mis habilidades."

La Cámara se pronunció en su favor, y Salamanca, rehabilitado, quedó en Madrid, donde fué de nuevo, después de otro voluntario destierro, segundo de los reyes en esplendor y antes que ellos en genio y numerario.

\* \* \*

Montó una casa inauditamente lujosa. Los descampados que en Madrid se extendían detrás del paseo de los Recoletos, los adquirió y empezó a construir el que todavía se llama "Barrio de Salamanca", un Madrid nuevo, trazado según el urbanismo exigente de los espacios anchurosos y los edificios con jardín central, casas palacios que rivalizaban con las más hermosas de Europa. Al borde de sus kilómetros de construcciones levantó su mansión, que hoy ocupa el Banco Hipotecario, donde los refinamientos tenían su sede en calidades no conocidas hasta entonces. Por ejemplo, las estufas de plantas no contenían una sola que no fuera exótica, y de Asia y América se hicieron llegar arbustos y árboles y macetas que eran atendidas con temperaturas adecuadas y que hechizaban aquellos artificiales jardines, grandes como estaciones de ferrocarril. Su colección de cuadros era rival de la del Museo del Prado, y al llegar el momento de su definitiva ruina, vendidos en París, dejaron asombrados a los conocedores. La Pintura le extasiaba y sin regateo adquiría cuanto le era ofrecido, siempre que respondiera a las más célebres firmas de España, Italia o Francia. Amaba a sus cuadros y les acariciaba con los ojos con alegría; eran sus compañeros y su embriaguez. Formó una biblioteca que codiciaban los eruditos, enjambre en casa de Salamanca. Tenía sesenta carruajes a punto, de los que disfrutaban sus amigos sin darle cuenta. El cocinero y el mayordomo contaban, a la hora del yantar, los sombreros de hombre y las bolsas de señora (que se dejaban en el recibidor) y ponían tantos cubiertos como individuos visitantes, costumbre de la casa. ¡Y qué banquetes! El cocinero, de París, era el mejor "cordon bleu" de la capital francesa, con lo que la mesa de Salamanca se consideraba de las primeras de Europa. Compró un mísero circo que un tal Monsieur Paul había establecido en la Plaza del Rey, y le transformó en el coliseo más lujoso de Madrid, dotándole de gas, cortinajes, alfombras, escenario con los adelantos de entonces, salones, etc. Era, en verdad, rival de los teatros magníficos de Londres e Italia. Contrató a peso de oro compañías de ópera, grupos de ballets y compañías de comedia. Por entre las localidades circulaban criados de librea ofreciendo sorbetes, dulces y vinos, y en el entresuelo instaló un espléndido "buffet" donde se podía cenar. Pues bien, todo era gratis; localidades, "buffet" y golosinas. Salamanca invitaba. ¡No había taquilla! El Circo de Paul (hoy Circo de Price) le costaba un millón de pesetas anuales.

\* \* \*

En el renglón de la galantería, Salamanca, burlador del dinero, también era burlador. Circunstancia curiosa era que estableció las "clases pasivas del amor". Licenciaba a la señorita de turno e inmediatamente ingresaba en su lista civil con pensión a perpetuidad. Cuarenta beneficiadas por la innovación erótico-financiera figuraban en sus libros. Y jamás, ni en los días críticos de apuros o destierros, dejó de satisfacer ese voluntario "debe", que para él era compromiso de honor. En el circo, primeras de una compañía de bailarines, la Guy, inglesa, rubia y esbelta, y la Fuoco, morena, italiana, mórbida, causaron una de las divisiones a las que tan aficionados eran los españoles décimonónicos. El país se dividió en guyistas y fuoquistas porque la Guy era admirada por Salamanca y la Fuoco por Narváez. Uno de los más curiosos episodios de la escena madrileña es este cisma nacional producido por las armoniosas piernas de dos émulas de Terpsícore. Y, alrededor del risueño revolillo político-coreográfico, la espléndida creación de Salamanca, su teatro con los mejores conjuntos, sus salones, donde las fiestas eran insuperadas por el mismo Palacio Real, su lujo, del que participaban todas las personas de significación; el oro, siempre, derrochado a manos llenas para construir algo útil, para elevar el nivel de vida de una sociedad atrasada o, simplemente, para disfrutar en compañía de los favores del Arte y del refinamiento.

\* \* \*

Una de las obras colosales emprendidas por Salamanca y que abrió el surco más fecundo al avance económico de la nación, fué el ferrocarril. Contra viento y marea, combatido por políticos, industriales de las galeras y correos con tiro de sangre (servicio que era en España el mejor de Europa), a pesar de las zancadillas y motines que Narváez armaba contra él, acusado en el Congreso, falto de los recursos indispensables algunas veces, emigrante por razones políticas, sin otro apoyo que su voluntad indomable e Isabel y María Cristina, D. José de Salamanca emprendió la construcción de los primeros carriles de un país que necesitaba vitalmente de ese rápido medio de comunicación, pues además de las ventajas que lleva aparejada la vía, entonces modernísima, España resolvía un problema geográfico que afectaba nada menos que a la unidad nacional. En efecto, los sistemas orográficos españoles hacen de nuestra patria una serie de comarcas separadas unas de otras por montañas infranqueables. De ahí nació el particularismo. Las regiones eran compartimientos estancos, con tabiques de granito que las incomunican unas con otras. Hasta tal punto esto es así, que el tipo unitario del español

se debe a los ferrocarriles, cuando por la facilidad de la convivencia y el traslado pudo mezclarse. En tiempos de Salamanca no había, en realidad, sino tipos, trajes, costumbres y hasta política regional. Aparte ello, la riqueza se multiplicó hasta un punto antes insospechado, y aquella España precariamente acampada sobre su suelo, la que no tenía ni crédito en el exterior, de repente, a los alegres ritmos de la locomotora, se vió multiplicada en su potencialidad biológica y favorecida por el cuidado y mimo de los financieros internacionales. Hoy, cuando una espesa red, telaraña alrededor de su centro, Madrid, permite las endósmosis entre todos los puntos de la Península, no nos damos cuenta de la importancia capital que tuvo el rasgo de Salamanca al emprender las obras del discutido medio de transporte. Lo que es natural en 1948, hace cien años todavía se consideraba como una locura.

Como es lógico tratándose de Salamanca, su primer ferrocarril lleva el sello de su distinción espiritual. En vez de pensar en los dividendos que le proporcionaría una línea entre puertos y centros productores o entre capitales muy pobladas, él príncipe de la elegancia, poeta del dinero, construyó el Madrid-Aranjuez con objeto de que sus Reinas pudiesen ir rápidamente a solazarse a sus maravillosos jardines. El convoy se detenía a las mismas puertas del palacio encantado, y los dos últimos metros de los rieles eran de plata. Y el vagón regio superaba, con mucho, al de la propia reina Victoria de Inglaterra. Salamanca podía, como aquel capitán español del XVII, decir con arrogancia: "España y yo somos así."

Téngase en cuenta que España construyó el segundo ferrocarril de América (La Habana-Santiago de Cuba), y el séptimo de Europa, a pesar de que la situación interior era caótica y la guerra endémica. El título de colonizadora y civilizadora que ostenta con más legitimidad que nadie se confirma en este capítulo de los ferrocarriles. Salamanca pronto unió con un hilo de hierro Madrid y Toledo, Madrid y Zaragoza, Aranjuez, Albacete y Alicante. Le substituyó Rotschild en las concesiones, mientras él seguía por Europa metiendo la reja de esas arterias fundamentales en Italia, en Portugal, en Austria-Hungría. Ya exaltado en Madrid, o desterrado, en cualquier lugar donde se encontrase, la iniciativa iba con él, y su fecundo numen planeaba gigantescas realizaciones. El dinero le seguía, le servía fielmente. Dijérase que su imaginación y su actividad embriajaban al oro.

Tres veces se arruinó y dos huyó de España, una de ellas disfrazado de maquinista de tren, otra de contrabandista (que así era de novelesca la vida en aquel magnífico y novelesco siglo), y tres veces se levantó del cero a la opulencia pasmosa. No contaba más que consigo mismo, pero ésta es su grandeza y la calificación de su sino. Bastaba que se presentase en cualquier país para que se rindieran a su palabra y a su magnetismo hasta los más encumbrados políticos o los más reservados financieros. Por ejemplo, Salamanca intervino activamente en las negociaciones entre Su Santidad y los fautores del flamante Reino de Italia, por fin unido, y se conservan de él las instrucciones que presentó al Papa para que le sirviesen de base de discusión con los estadistas de la nueva nacionalidad. ¿Qué había en Salamanca, cuando hasta al Sumo Pontífice interesaba su consejo, y le familiarizaba a su egregio lado?

\* \* \*

Mas no se crea que Salamanca era altivo, orgulloso, engréido, como quizás otro mortal halagado de tal manera por el talento y la Fortuna hubiese recrecido en sí la natural vanidad humana. Salamanca era el amigo (y protector) de todos. Lo mismo frecuentaba las camaretas de los Reyes que se iba a cenar con los periodistas madrileños a una pobre fonda, invitado a un cubierto de dos pesetas; de igual modo quemaba un billete, el único que tenía, para dar lumbre al puro de Narváez, el cual se arrastraba en busca de un real que se le cayera, que alternaba en una posada con los más pobres arrieros, dejándose pagar unas sopas de ajo en sus emigraciones forzosas.

Ya hemos dicho que poseía la mejor biblioteca de España, después de la Nacional, y aun muchos de sus volúmenes eran desconocidos en la colección oficial. Biblioteca pasto de bibliopiratas, con joyas que le procuraban incansables buscadores. Como su pinacoteca era rival del Museo del Prado. Sus tertulias eran, exclusivamente, de damas hermosas y hombres de talento, las dos categorías que apreciaba sobre todas las cosas. Y su caja estaba siempre abierta para cualquiera, en cualquier momento, no obstante las amonestaciones de sus empleados; como el famoso estanco de la sal, base de su ascensión al cenit del poderío financiero, era asilo de viudas, huérfanos, viejos, retirados y cuantos inútiles y parásitos no podían ganarse la vida, acogidos a la munificencia de Salamanca, que jamás diera a una solicitud el fatídico "no". Por eso su popularidad era inmensa, el amor que se le tenía ilimitado... hasta que sus enemigos torcieron a la veleidosa muchedumbre y Salamanca, perdiéndolo todo, saqueada su casa llena de tesoros que alimentaban la hoguera del motín, tenía que salir a escape, disfrazado y hambriento, de su dorado reino de omnipotencia y maravillas. Estos descomunales altibajos de su vivir, tan pronto en la cumbre como en los abismos, dan sabor a la aventura vital de Salamanca y avaloran, aún más, sus positivas cualidades de domador de la suerte.

\* \* \*

Poseedor de palacios y fincas espléndidas, acostumbrado a unas comodidades y lujos antes de él no sospechados en España, una de sus ilusiones fué transformar Madrid, lugar, más que capital de un Imperio, sucio, trágicamente mísero; aldeón, que no ciudad. Salamanca pretendió hacer de Madrid un nuevo París. Al comprar leguas de tierras paralelas y lindantes con Recoletos y el Paseo de la Fuente Castellana, emprendió las obras del barrio de Salamanca, con un sentido del urbanismo, ciencia que entonces no tenía denominación, superior al que hoy mismo rige. La empresa era, como de Salamanca, de consideración, titánica para el tiempo. Poblar la extensión que hoy comprende el perímetro Castellana, paseo de Ronda, Cibeles, Puerta de Alcalá y Diego de León, era hacer una ciudad aún más grande que el Madrid de entonces y que esa ciudad fuese de casas-palacios, de avenidas con arbolado, iluminadas, dignas de rivalizar con paisajes urbanos de la calidad de la Avenida de la Opera parisiense, por ejemplo.

Emprendió ese trabajo de Hércules, él que imitaba a Hércules o a Teseo en suceder una empresa difícil a otra, en momentos en que carecía de la totalidad del dinero necesario, porque estaba metido en tareas como la construcción del canal del Duero, la Zurriola, de San Sebastián, y los ferrocarriles. Hubo de acudir a la usura y descuidar la vigilancia de los trabajos. La usura le devoró materialmente, y los contratistas levantaron las primeras manzanas de casas con materiales de desecho, hasta tal punto que uno de sus mayordomos, despavorido, fué a comunicar a su amo, en cierta noche de tempestad, que una de esas manzanas se agrietaba y era

aparición de los dos restantes valores de 5 y 10 céntimos que, con los de 15 y 50 céntimos, completan esta serie.

El 9 de octubre, con ocasión de celebrarse el "Día del Sello", se pusieron en circulación los conmemorativos de ferrocarriles de los valores y tiradas siguientes:

50 céntimos, Marqués de Salamanca, color gris marrón. 10 millones.

5 pesetas, desfiladero Pancorbo, color verde. 10 millones.

Los dos anteriores para correo ordinario, y uno de 2 pesetas, color rojo, en el que figura una locomotora, disco de señales y un avión, y cuya tirada ha sido de un millón, destinado al franqueo de la correspondencia aérea. El plazo de validez de los anteriores sellos es también hasta su total agotamiento.

## VUELO NEW-YORK-BOSTON-BARCELONA Y REGRESO

El 9 de noviembre llegó a Barcelona el avión procedente de New-York y Boston en su primer viaje a aquella capital. Toda la correspondencia que transportaba aquél fué respaldada con un sello de fechas especial para este vuelo.

Por su parte, la correspondencia procedente de España que dirigida a Estados Unidos se cursó por esta línea en su primer viaje de regreso, que tuvo lugar al día siguiente de la llegada, recibió la impresión de una marca conmemorativa en la que, se reproduce la efigie de Lincoln rodeada de una leyenda alusiva al vuelo. La misma efigie, pero reproducida de la estatua que figura en el Capitolio, aparece en el sobre especial que para conmemorar aquel vuelo editó la Dirección General de Correos.

## ARGENTINA.—NUEVOS SELLOS

Recientemente han aparecido los sellos de los valores, clases y características siguientes:

"Día del Agricultor", valor 10 centavos, y tirada 5 millones.

Conmemorativo del segundo centenario de la creación del Correo en el Río de la Plata. Valor, 5 centavos, color rosa carmín, y tirada 5 millones de sellos.

Conmemorativo de la cuarta reunión panamericana de Cartografía. Sello en gran tamaño para correo aéreo, valor 70 centavos y en color verde oliva.

## BRASIL

Con ocasión de celebrarse en Petrópolis la gran Exposición Internacional de Industria y Comercio, el Club filatélico del Brasil instaló en aquélla una magnífica Exposición filatélica, en la que funcionó una oficina especial de Correos provista de un matasellos especial.

Conmemorando la Exposición Internacional a que nos hemos referido al principio, se emitieron por el Correo brasileño los siguientes sellos: uno de correo ordinario y valor de 40 ct., con una tirada de 2.000.160 ejemplares, y dos sellos para correo aéreo de 1,20 cruzeiros y tirada de 1.000.152 ejemplares, y de 3,50 cruzeiros, con idéntica tirada que el anterior.

También ha aparecido en Brasil un sello de 5 cruzeiros y tirada de 500.040 ejemplares, destinados a conmemorar el III centenario de Paranaguá, el gran puerto del Estado de Paraná.—J. F.

## PERFIL INDUSTRIAL DE CHILE

(VIENE DE LA PÁGINA 30)

Al abandonar el territorio del Aysen entramos en el de Magallanes. Canales, islas, selvas, nieve y ventisqueros. El frío aumenta y las frecuentes lluvias dan al paisaje una nota melancólica. En Puerto Edén podemos disfrutar una visión de extraordinaria belleza que justifica plenamente ese nombre. Allí hay una estación de radio y vive una pequeña población, último vestigio de las tribus de indios alacalufes que poblaron esa zona. La pesca, como en toda la región, es su principal medio de subsistencia.

Tras varios días de singladuras, en las que el paisaje mantiene sus atractivos, llegamos a la boca del estrecho de Magallanes, donde se inició la sobrecogedora hazaña del descubrimiento del Pacífico. Doblando la península de Brunswick surge Punta Arenas, la ciudad más austral del mundo. Estamos en la tierra de la ganadería y sus industrias afines. Hay en esta zona, principalmente en la Tierra de Fuego, más de tres millones de ovinos y numerosos frigoríficos que congelan la carne para mandarla a los mercados exteriores. La lana es otra de las grandes riquezas de estas apartadas regiones.

En Springhill, gracias a la estupenda labor del Fomento de la Producción, se han realizado sondeos de rotación en busca de petróleo. Los esfuerzos se han visto coronados por el mayor éxito, y en tres perforaciones se ha evidenciado la presencia del combustible y su gran calidad. Este hallazgo le ha permitido también estudiar la instalación de una refinería de petróleo a base de crudos nacionales.

Es Chile país de paradojas, y así como el mejor fertilizante se encuentra en la región más desolada, uno de los combustibles de mayor poder calorífico está en la zona más fría de la nación.

El Océano, que entrega a lo largo del territorio la riqueza de su fauna marina, es aquí también fuente de una industria de primera importancia, sobre todo en lo que se refiere a la pesca de la ballena. La difícil y arriesgada aventura de los balleneros ha sido tema inagotable para los novelistas de la región.

Al sur de la Tierra de Fuego y separado por el canal de Beagle encontrará su meta nuestro largo viaje en el archipiélago del Cabo de Hornos, última Thale del nuevo mundo, en los confines del Mar Antártico, a 56° de latitud.

¡Qué lejos estamos ahora de la pampa y su paisaje desolado! Sin embargo, aún continúa Chile más al sur. Es el desierto helado de la Antártida, que pertenece al territorio nacional, entre los meridianos 5° y 90°. Gracias a la patriótica decisión de su actual Presidente, González Videla, el país cuenta ya con dos bases en esas regiones y próximamente se instalará una tercera, incorporándose en forma definitiva al territorio nacional. Chile ya no termina en el Cabo de Hornos. Su soberanía alcanza hasta el Polo Sur.

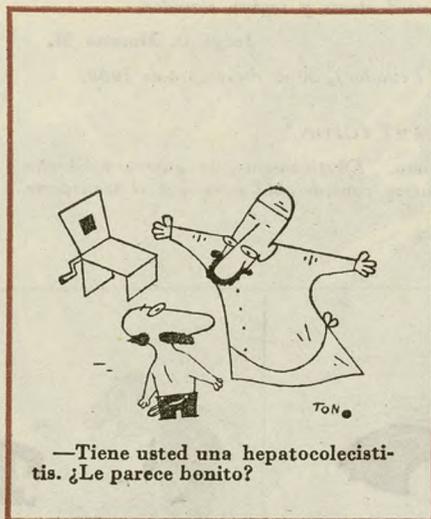
Es posible que allí exista petróleo y uranio, entre otros minerales. Si estas reservas son ciertas, ya nos lo dirá el tiempo y las febriles ansias del país para explotar todas las riquezas que Dios le otorgó.

SERGIO MERINO CISTERNAS  
Ingeniero civil U. C. de Chile.

## LA RARA Y PORTENTOSA AVENTURA DEL CHOTIS

(VIENE DE LA PÁGINA 51)

"Ay, Cipriano, Cipriano, Cipriano: no bajas más la mano, no seas desagerao"; "Ay, Nemesio; ay, Nemesio; hazme un retrato al magnesio...", o "La Lola",



uno de los más bellos, arquetipo del género: "La Lola, en la bata gasta cola y camisa de farola, de esas de tira bordá...". Después, "La Inés": "La Inés, la Inés, la Inés, que ha sido panta, pantalonera; la Inés, la Inés, la Inés dejó su oficio y canta de cupletera; pero si no se luce con los cuplés, a ver sin pantalones qué hace la Inés...". Y el "Estanislao, Estanislao, tus ojos submarinos me han torpedeado. ¿Qué m'has dao, que el corazón m'has puesto congestionao?...". o "El bastonero de Covarrubias": "Yo soy Boni, el bastonero del baile de Covarrubias, y por mí se vuelven locas las morenas y las rubias ¡de Covarrubias!, pues tengo un mirar que no sé por qué se quedan helás u séase frappées...". Y, ¡claro!, el famoso "Pichi", de la revista "Las Leandras", de Alonso, hasta el de "La Blanca doble", la última revista de Guerrero, que se canta estos días en el teatro La Latina, de Madrid, no se interrumpe la historia, ya muy madrileña, también mexicana, del chotis escocés, que ayer se sirvió del organillo—el conmovedor cilindro mexicano—y ahora de la radio para difundirse y llegar a lo íntimo del alma popular. Como éste de Agustín Lara, puente musical por el que van nuestros corazones de México a Madrid:

Madrid, Madrid, Madrid,  
En México se piensa mucho en ti...  
Y vas a ver lo que es canela fina  
Y armar la tremolina  
Cuando llegues a Madrid. ¡Que sí!

## LA NOVELSCA VIDA DEL MARQUÉS DE SALAMANCA

(VIENE DE LA PAGINA 38.)

inminente su derrumbe. El caso era irreparable, de producirse, porque en el momento de conocerse en Madrid la noticia, nadie quería habitar aquellas edificaciones que se venían abajo, y el barrio entero quedaría bloqueado por la hostilidad general. Aquí entra el ingenio, inagotable, de Salamanca. Con pretexto de una visita a la manzana que se caía por momentos, entró en ella y la prendió fuego, calificándose de accidente lo que fué invención salvadora. Y el barrio "de Salamanca" siguió adelante, gracias a la ocurrencia de su creador.

Pero el cerco de la usura se cerraba a su alrededor, y Salamanca, ya envejecido, no lograba romperlo. El dinero, que él consideraba como instrumento al servicio de la comunidad y del buen gusto, se vengaba de su criterio, que hoy nos parece idea contemporánea y él puso en práctica cien años antes. El dinero-avariicia, el oro estéril y hasta perjudicial del rey Midas, la palanca improductiva e innoble, se vengaba del dinero-fecundidad, del dinero-abundancia y de aquel otro

rey anti-Midas, que le hacía bajar la cerviz de señor del mundo y le ponía a trabajar en obras para el bien de los hombres. Aquel dinero-señor de los usureros, el dinero que produce dinero, se ensañó con el dinero a lo Salamanca, con el dinero poético que hacía mejor la vida, más intensa y más amable. Salamanca cayó víctima de su propio concepto del dinero. En vez de atesorar, había sembrado. Y a la hora difícil, el dinero acumulado y traidor derrotó a aquel generoso dinero al estilo de Salamanca, que no era dinero-beneficio, sino dinero-beneficios. La espesa trama de los pagarés, los intereses y el tanto por ciento compuesto acabaron con quien señoreó en un mismo día las Bolsas de Madrid, París y Londres, y firmó cheques por ochenta millones. La Zurriola se la llevaba el mar, y él la cimentaba una y otra vez; el canal del Duero no produciría bienes más que a la agricultura, no a su constructor; los ferrocarriles eran numerario a plazo largo; el barrio madrileño había que terminarlo... Y luego su rango, su casa, sus casas mejor dicho, sus pensiones, su lluvia de pensiones sobre los pobres, los empleados y hasta sus jubiladas a él acogidos... Y sus costumbres, que no podía comprimir dentro de la estrecha horma de la economía... Salamanca no hallaba crédito, no recibía de aquellos a quines beneficiara el menor apoyo. Era árbol caído. Y sobrevino la ruina.

\*\*\*

Pero la ruina tenía el sello impresionante de todo lo de Salamanca. En la ruina poseía Los Llanos, en la provincia de Albacete, adonde llevó a cazar a Alfonso XII y le tendió un hilo telegráfico a Madrid para que no careciese de comunicación con su Gobierno, y acumuló en sus praderíos ciervos, jabalíes y toda clase de caza, llevada desde distintos sitios de España, además de coleccionar especies de caballos de los tipos más codiciados; la ruina era el palacio de Vista Alegre, en Carabanchel, adquirido a María Cristina, donde aún el anciano se permitía apostar mil cigarros habanos con un fútil pretexto. La ruina era planear aún negocios de tipo colosal, que ya hacían sonreír a los financieros y directores de la Banca, pues el anciano Marqués no podría, dada su edad, ni siquiera emprenderlos.

Y la ruina fué murmurar aquella última frase en los momentos supremos, cuando en un segundo desfiló ante la memoria el panorama entero de los días pasados: "Mi vida... mi peor negocio."

\*\*\*

Fué su peor negocio porque no vivió para él, sino para los demás; porque le sucedió lo mismo que con el dinero: que lo empleaba como medio, no como fin. La vida de Salamanca, el negocio de su vida, careció de egoísmo. Ideó, trabajó, realizó para los contemporáneos y para el porvenir. Nos ha dejado en herencia el disfrute de cuanto imaginara y realizara. Pródigo de sí mismo, veía, al final, que nada de cuanto logró estaba en su mano, sino en las manos de todos.

Esa es la servidumbre y la grandeza de un hombre señero, que desde los años de Fernando hasta los de Alfonso XIII pasa con la luminosidad dorada de un astro y es, en verdad, una mano que siembra, desde las alturas, onzas-estrellas.